

LA GUERRA REVOLUCIONARIA: SUS REGLAS POLITICAS Y SUS NORMAS MORALES

por *Leandro RUBIO GARCIA*

Profesor-Subdirector del Seminario de Estudios Internacionales de la Universidad de Zaragoza. Miembro C. del Instituto de Estudios Políticos. Colaborador de la Sociedad de Estudios Internacionales

"La complejidad de la situación actual y el laberinto de las relaciones internacionales permiten prolongar *guerras disfrazadas con nuevos métodos, insidiosos y subversivos.*"

Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 79.

Ante el descubrimiento del horror de la guerra termonuclear —y su improbabilidad—, no deja de pensarse en —como un derivativo de ello— una guerra mucho más real: *la guerra revolucionaria, subversiva.*

Efectivamente, una derivación del *impasse* nuclear consiste en que la guerra se encuentra acantonada en formas menores, medidas e insidiosas, de tal manera que no se corra el riesgo de desencadenar el holocausto final, etc.

I. ACTUALIDAD DE LA CUESTIÓN

El problema exige una buena dosis de matización. Existe toda una tendencia, clara y marcada, acerca de un nuevo tipo de guerra, propia de nuestro "siglo de hierro en que estamos sumergidos"¹ —usando la expresión de André François-Poncet— (1).

(1) Cons. *Le Figaro*, 14 noviembre 1956, pág. 10.

Esta indicación no es suficiente. Con toda precisión, ha sostenido el general Béthouart: "Estamos en la era de la guerra termonuclear... Pero más todavía que en la era de la guerra termonuclear *nos hallamos en la de la guerra psicológica*" (2).

Señalemos cómo este militar francés hace la configuración de tal forma de lucha: "El agresor desalienta, desmoraliza, neutraliza a sus adversarios por la acción política, por la propaganda, por la corrupción". "He aquí la forma más moderna de la guerra y la más verosímil: agitaciones, huelgas, acciones de guerrillas, acciones aerotransportadas."

El Mariscal Juin ha asegurado: "El poder atómico ha *découragé le recours* a la guerra clásica... Pero la *guerra insurreccional* está en trance de reemplazarla" (3).

Thierry Maulnier ha desenvuelto el concepto de guerra subversiva. De él son las siguientes palabras: "Una guerra de una especie particular. Una guerra interior, revolucionaria, pero una guerra..." (4).

René Payot ha hablado (5), en "Le Journal de Genève", de *une "petite guerre"* (6).

* * *

Sabido es que la doctrina de la *disuasión invulnerable* se mueve a través de una doble protección: bajo la pantalla del poder estratégico termonuclear, los comunistas pueden proseguir en la marcha de *pequeñas guerras* ("guerras de liberación nacional"), así como otras tradicionales técnicas comunistas, y los estadounidenses pueden proseguir sus aguijonazos [como en las junglas del Vietnam] (7).

(2) Vid. *Le Figaro*, 7-8 septiembre 1957, pág. 1.

(3) Cons. *Le Figaro*, 7-8 julio 1956, pág. 10.

(4) Vid. *Le Figaro*, 30 abril 1957, pág. 5.

(5) Vid. *Le Figaro*, 27 julio 1956, pág. 5.

(6) Sobre las nuevas formas de agresión.—la agresión indirecta, la ideológica, la económica—, cons. el artículo de EUGENE ARONEANU en *Le Monde*, 13 agosto 1959.

(7) La forma más probable de agresión: la creación de una *situación* revolucionaria. Vid. *The Case for Conventional Forces in the Nuclear Age*, en "The British Survey", Londres, marzo 1958, pág. 8. "Que la guerra

Y sobre la virtualidad de esta clase de lucha —concretamente, de las guerras de liberación—, no hay sino recoger unas elocuentes ideas de Kruschev. Después de declararse en contra de las guerras de agresión y de conquista, describía las guerras de liberación como las luchas que los pueblos oprimidos hacen contra los colonizadores y los imperialistas, y estimaba que eran *justas y sagradas* y que todos los *pueblos* que toman las armas para defender su independencia y su libertad tienen el sostén y la ayuda de la Unión Soviética (8).

De otro lado, Averell Harriman consignaba por la misma época: “Podemos prever que los soviéticos, tanto como los chinos, harán todos los esfuerzos posibles para extender su influencia en las [pretendidas] guerras de liberación” (9).

* * *

Guerra, en suma, en un ambiente de politización mundial, de protagonismo de las masas desheredadas y de querrela ideológica entre dos enormes superpotencias. Lo cual hace que su toque específico sea su carácter *político, revolucionario*. Y, por supuesto, su tremenda dureza.

Verdad es que Gran Bretaña pudo llevar a cabo la conquista de la India con un contingente de unos 50.000 hombres. Hace medio siglo, China pudo ser subyugada —después de la rebelión de los *boxers*— con unos 20.000 hombres... Pero estas expediciones han pasado a la Historia.

Estamos ante casos como el de Argelia, en donde Francia, para enfrentarse con unos 45.000 guerrilleros, hubo de servirse de un ejército de 500.000 soldados, un gasto diario de tres millones de dólares y el empleo de las armas más modernas. Pues bien: con todo eso, la República Francesa tuvo que abandonar el campo, tras siete años y medio de lucha... Parejamente, en el Vietnam del Sur, unos 20.000 guerrilleros del Vietcong han inmoyilizado

revolucionaria es una realidad, nadie puede soñar en negarlo”: JEAN PLANCHAIS: “La septième arme doit-elle rester l’apanage des militaires?”, en *Le Monde*, 23 agosto 1958, págs. 1 y 3.

(8) En el curso de una reunión en honor de la promoción de la Academia Militar de la U. R. S. S., *Le Monde*, 10 julio 1964, pág. 3.

(9) Cfr. *Le Monde*, 30 junio 1964, pág. 2.

al llamado Ejército Nacional de 200.000 hombres, más otros 100.000 de las milicias armadas y los 400 millones de dólares anuales recibidos de los cofres estadounidenses y disipados por el Gobierno de Saigón (10). Cifras dadas en 1963 que han cambiado con el ritmo del "compromiso" americano en tierras vietnamitas.

En resumen: en el mundo revolucionario de nuestro tiempo, las cosas han cambiado, y mucho. Un experto americano en la guerra de guerrillas —el Coronel George Jones— ha indicado que son necesarios diez soldados convencionales para derrotar a un guerrillero y que los guerrilleros hacen quince bajas por cada una sufrida por ellos.

II. TRASFONDO POLÍTICO-SOCIAL DEL ASUNTO

¿Cómo se configura esa guerra revolucionaria?

En primer lugar, señalemos que esta clase de guerra ha tenido sus teóricos.

Desde Sun Tse —seis siglos antes de Cristo— a Mao Tse-tung, pasando por Lenin, hay materia bastante para estudiar la teoría de la guerra revolucionaria.

Ya CLAUSEWITZ supo descubrir la ósmosis producida entre el desarrollo del fenómeno *guerra* y la estructura y la vitalidad interna de los grupos sociales comprometidos en él, señalando la importancia de los factores psíquicos y presintiendo que las masas populares podrían ser llamadas a desempeñar un papel cada vez más esencial (11).

Fué Lenin quien franqueó la etapa definitiva, sustituyendo en sus reflexiones la lucha de Estados por la lucha de clases —necesariamente revolucionaria en la óptica marxista—. El político ruso comprendió que el *pourrissment* sistemático del adversario era el mejor medio para debilitarlo. "La estrategia más sana —decía Lenin— consiste en retardar las operaciones hasta que la *disgregación moral* del enemigo permita fácilmente darle un golpe mortal".

(10) CONS. SIDNEY LENS en *Continuum*, Chicago, verano 1963, pág. 235.

(11) CONS. RENÉ COSTE: *Mars ou Jésus?*, París, en "Le Centurion", 1963, págs. 172-174.

Métodos que eran perfeccionados por Mao Tse-tung y Ho Chi Minh. El primero, revelándose maestro incomparable en la galvanización de las multitudes y en la explicación de altas lecciones de estrategia en un lenguaje muy simple y, con frecuencia, poético. El segundo, montando el mecanismo más perfecto en su género, que le valía un estrepitoso éxito.

En segundo lugar (12), téngase en cuenta que, aun bajo su forma convencional, la guerra toma ya un aspecto revolucionario (SCHULZ, 1947). Ya no es un simple medio de hacer prevalecer un derecho, sino que —como ha escrito QUINCY WRIGHT— es “un conflicto de dogmas jurídicos, de culturas nacionales y de sentimientos populares”. La victoria tiende a asegurar el triunfo de una filosofía, de una determinada concepción del Estado y del mundo (ROBERT DARSAC).

Lo que ocurre es que la historia militar de los últimos tiempos nos había habituado a ver en la guerra un *fenómeno primariamente técnico*, un asunto de especialistas en un arte demasiado particular para ser accesible a los profanos, el choque entre “dos formaciones simétricas encargadas de solventar una querrela colectiva en un vasto combate singular”.

Tal vez el machacamiento de los cañones de Verdún y de Stalingrado hayan hecho perder de vista una sencilla verdad: el que la guerra es un *fenómeno social y político*. Y no es preciso invocar a HERÁCLITO, HEGEL, SPENCER o RENÁN para darnos cuenta de que la guerra transforma los modos de vida y fecunda las ideologías. El mismo “Poder” es tocado por ella. Un cierto deslizamiento hacia el totalitarismo acompaña necesariamente a la carrera de armamento y a la movilización nacional (BERTRAND DE JOUVENEL).

Con la particularidad de que, si en tiempos pasados la preocupación de los reyes por no comprometer un equilibrio al que su reino estaba ligado contribuyó ampliamente a reducir la intensidad de los combates, la política ha “sabido” —en otros tiempos y en nuestro tiempo— exacerbar la guerra. No olvidemos en modo

(12) Vid. *Guerre révolutionnaire et conscience chrétienne*, obra colectiva, París, en “Pax Christi”, 1964, 268 págs. A nosotros nos ha sido muy útil.

alguno el presupuesto del "primado del factor político en las sociedades industriales contemporáneas" (ADRIANO MOBEIRA).

Ese elemento político —pantalla de tantas otras cosas— forma el trasfondo de todo el acontecer contemporáneo. Observemos algunos rasgos de tal época.

Guerra clásica y guerra revolucionaria comenzaron a *diferenciarse* el día en que la guerra dejó de ser el hecho de una casta profesional. Al soldado de oficio le sustituye el soldado-ciudadano. Aquél no tiene más que su competencia profesional. Este aporta su amor al país. Valmy será la piedra de toque de tal orden de cosas.

Un paso decisivo se dará con la guerra de 1939. Esta suponía la *despersonalización nacional* de la guerra (13).

En la lucha de 1914 vemos, por ejemplo, dos naciones, en tanto que tales naciones —Francia y Alemania— dirigidas una contra otra. De un lado, había el recuerdo de la derrota y la humillación de 1871. De otro, el recuerdo de las guerras de la Revolución y del Imperio y del Alzamiento nacional de 1813. Francia quería terminar con Alemania, que le había vencido y que había materializado su victoria con una anexión brutal. Alemania quería acabar con una Francia que no aceptaba su derrota ni sus fronteras. Cada una estaba persuadida de que el precio de una paz verdadera era el abatimiento definitivo de su rival. En este sentido, la guerra 1914-1918 entre Francia y Alemania era la *última guerra nacional* (al menos, en Europa).

Pero a la *personalización total* de las naciones en la guerra sucedía algo distinto en 1939.

Sabido es que la Alemania hitleriana estaba sometida a un yugo de acero. Pero no menos verdad es que ella tenía también sus "emigrantes", no sólo en el exterior, sino asimismo en el interior. La misma Francia acogía a refugiados alemanes desde 1933 y sabía que si el hitlerismo era alemán, toda Alemania no era nazi. Mas, por otra parte, en Francia, Hitler encontraba simpatías que no se disimulaban. Incluso las derechas y las izquierdas se hallaban divididas a este respecto. Un sector de la derecha perma-

(13) CONS. JACQUES MADAULE: *Nationalisme d'hier et d'aujourd'hui*, en "Janus", París, junio-septiembre 1964, págs. 127-128.

neecía fiel al nacionalismo de antaño, mientras otro se preocupaba más por proteger a Europa del bolchevismo que de defender las posiciones francesas. Por lo que hace a la izquierda, aunque algunos de sus integrantes seguían profesando un pacifismo incondicional, los otros se daban cuenta de que la defensa de la Patria se confundía con la de sus valores, amenazados por el hitlerismo. Resumiendo, el carácter dominante de la segunda guerra mundial fué más ideológico que nacional, típico-nacional.

Tal tónica ideológica iba a mantenerse en el ambiente internacional durante la fase posterior a la segunda conflagración universal.

No obstante, el punto clave en la concepción de la guerra revolucionaria se produce cuando se pasa de la conscripción a la insurrección nacional y de la *nación en armas al pueblo en armas*.

III. LOS ELEMENTOS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Pues bien; es en este medio ideológico en donde se mueve la *guerra revolucionaria*.

Ella contiene estos *elementos esenciales*:

1. *Una profunda adhesión popular*. “La inferioridad material ante el enemigo no es grave —ha escrito Mao Tse-tung—. Lo importante es la movilización popular. El pueblo debe ser el gran océano en el que se ahogará el enemigo”. Población enfocada más bien como máquina, en la cual cada ser es un rodaje, que como un grupo de personas a respetar. Población, en una palabra, tratada como una “masa”, no como un pueblo (en la feliz distinción de Pío XII).

Estamos, pues, ante una forma de guerra en la que ya no se trata de conquistar un trozo de terreno, sino las poblaciones que lo habitan. En ella, la estrategia deja de ser la hija de las matemáticas y de la geometría. Ella obedece más a las leyes de la física y se traduce en fenómenos de ósmosis, de explosiones de simpatía, de reacciones en cadena y de puntos críticos.

A tal guerra pueden aplicarse las palabras que Couve de Murville utilizaba para configurar la lucha en el S. E. de Asia: “No se trata de una guerra ordinaria, no se trata de una guerra militar —es decir, de una guerra que se puede solucionar por la

victoria o por la derrota—. Ello no es tan simple. Se trata de una guerra que es mucho más política y psicológica. Y *el fin de esta guerra no es vencer al ejército enemigo. Es ganar a la población, la población del país donde se desarrolla la lucha...* (14).

2. *Una dimensión psicológica.* No puede reducirse a operaciones estrictamente militares. Su conducción exige una acción sobre el *espíritu* de las poblaciones. “*La guerre subversive, elle, vise à une désintégration des principes mêmes de la vie d'une nation ou de toute une famille de nations*”: P. RÉGAMEY.

3. *Una estrategia basada en consideraciones de política general, “mundial”.*

4. *Una dimensión ideológica.* El combatiente no es sólo un *militar*, es también un *militante*.

5. *Objetivos revolucionarios*, con subordinación de los medios y los métodos a una visión global y a un programa de acción revolucionaria. Es el carácter distintivo de esta guerra. Primeramente, ella divide a las naciones en su mismo interior. Por otro lado, toda guerra revolucionaria toma un carácter internacional. Uno de los toques típicos de la época contemporánea es la indistinción entre las guerras *extranjeras* y las guerras *civiles* (15). Los pueblos son desde ahora, y ya “interiores” unos de otros, como los fenómenos de “quinta columna” lo hacían ya presentir. Una guerra internacional será cada vez más una guerra civil (16).

6. *Un carácter total*, al querer imponer una concepción de la vida —al menos, en determinados puntos esenciales—, a lo que no puede llegarse más que por los espíritus (RENÉ COSTE). Esta guerra no ataca únicamente, y ante todo, al cuerpo del hombre y a las realizaciones visibles de su civilización: se pone la mira

(14) Declaraciones a la N. B. C., cadena de televisión americana, *L. M.*, 30 junio 1964, pág. 2.

(15) Vid. P. RÉGAMEY: *La conscience chrétienne et la guerre*, en “Cahiers Saint-Jacques”, 27, s. f., pág. 12.

(16) Aún más: ¿toda guerra civil corre el riesgo de ser guerra revolucionaria? Por lo pronto, “la guerra en el Vietnam del Sur es una guerra civil que es sustancialmente una guerra revolucionaria”. Esta opinión del profesor MASAMICHI INOKI, de la Universidad de Kioto, representa la actitud de la izquierda moderada asiática. Cons. ROBERT MCKENZIE: *Vietnam and U. S. The Asian View*, en “The Observer”. Londres, 20 junio 1965, pág. 11.

en su espíritu. Intenta la disociación de la persona para ponerla a su merced. Esta forma de guerra destruye psicológicamente la persona y lleva la disgregación a las sociedades (monseñor THÉAS).

Verdadera guerra "humana", puesto que los hombres enfrentados están comprometidos *por entero* —en espíritu y en cuerpo—. De ahí que el verdadero jefe de guerra no sea el gran experto militar, sino el "ingeniero de almas".

No descubrimos nada con consignar que nos hallamos en presencia de un fenómeno de polimorfismo: es la guerra "camaleón" de CLAUSEWITZ, bien difícil de abordar de una manera sistemática. Las guerras revolucionarias —ha dicho WALTER LIPPMANN— "son ciertamente peligrosas de ordenar y *desconcertantes de tratar*".

Son muchos los factores importantes a combinar: *el terreno, la población, el papel del jefe, el terrorismo* (que, con sentido político, no debe ser exagerado), *el apoyo exterior, la motivación* (carburante de toda insurrección), *la propaganda y la organización de las poblaciones* (recojamos la ecuación de los psicólogos militares: fuerza social = organización × propaganda × agitación).

La combinación de tales elementos es lo que da a cada guerra su carácter distintivo. He ahí la cuestión de los estadios de esta clase de guerra: desde el golpe de Estado (obra de una minoría, y con facetas que van del simple "cuartelazo" a la "marcha sobre Roma") hasta los ejemplos típicos de China y el Vietnam, pasando por las insurrecciones de tipo primitivo.

En suma, a la guerra revolucionaria cabe aplicar estos pensamientos de Mao Tse-tung: "*la ruta de la Revolución, como la del desarrollo de todos los fenómenos en el mundo, es sinuosa, no rectilínea*".

* * *

Seguramente podrá decirse que distintas guerras contemporáneas poseen —debido a su aspecto totalitario— las facetas *popular, psicológica, ideológica, etc.* Cierto. Pero hay una diferencia clave. En tales guerras, el choque de las armas es primordial y los adversarios aspiran a la conquista del terreno para llegar a la victoria. Lo que, como sabemos, no sucede en la guerra revolucionaria. Aquí las armas no desempeñan más que un segundo papel.

Y no se imagine que estamos en pleno plan de entelequía. El panorama se entenebrece hasta el extremo de que el Occidente se ve atraído también a la vorágine del ambiente de la guerra revolucionaria.

Una muestra palpable de esto pueden serlo los conceptos defendidos por el General G. LEROY. Este militar, en un artículo publicado en enero de 1962, en *Forces Aériennes Françaises* (17), aparecía como un mantenedor de la "moral" de la eficacia. En efecto. Para él, determinados soldados gubernamentales, "calcando su comportamiento sobre el del adversario..., combatirán sin uniforme si es necesario y responderán con la ley del talión al terrorismo y a la tortura". No obstante, el citado General hace notar, "de pasada", que las fuerzas del orden encontrarán dificultades en la aplicación de esta ley del talión, a causa de una legislación que protege demasiado liberalmente a los hombres que se colocan voluntariamente fuera de la comunidad". Pero G. LEROY resuelve el nudo de la cuestión en forma terminante con las siguientes palabras: "Sea lo que sea, en esta guerra inhabitual, deberemos, con un extremo pesar, pedir a nuestros combatientes en operaciones olvidar algunos siglos de lo que hemos llamado *la civilización*". Con todo, el mentado militar reconoce: "Esta necesidad de la guerra brutal, unido al deseo de no crear en el país una *profunda escisión*, presenta problemas muy difíciles, que sólo la formación cívica puede permitir resolverlos".

Mas a despecho de esas dificultades, se pide el establecimiento de unidades *especialmente* dedicadas a la guerra revolucionaria. Con este carácter: "Al lado de las tropas regulares de la Resistencia organizada y bajo mando, teniendo una existencia conocida, respetando las leyes de la guerra, enarbolando en el combate insignias visibles, un país digno de sobrevivir debe tener también hombres que hayan hecho el sacrificio cierto de su vida y que, de manera casi individual y estrictamente clandestina, atacarán al *enemigo con todos los medios, aun bárbaros o pérfidos...*".

Con una particularidad, a tener en cuenta a la hora de enjuiciar moralmente el asunto. El mencionado autor sabe "que todo *eso es contrario a la moral pueril y honesta*, pero cuando [uno] se encuentra frente a un adversario que no disimula de ningún modo

(17) "Si vis pacem", págs. 29-58 (sing., págs. 42-43 y 51-52).

su intención de hacer desaparecer la civilización que ha creado esta moral, todos *los medios son buenos para sobrevivir*". Muy frecuentemente, el fin justifica, *hélas*, los medios".

Preocupación por *la eficacia*, la que late en esos pensamientos. Pero sin llegar a la comprensión de que por el empleo de medios bárbaros se destruye a sí misma la civilización que se pretende defender. Esa moral "pueril" tratada desdeñosamente, ¿no es el alma de la civilización? (18).

Y es a causa de esa civilización, precisamente, por lo que se vuelve la vista a la valoración moral de este fenómeno bélico.

IV. MORAL Y GUERRA REVOLUCIONARIA

Para abordar tal temática, es preciso partir de su analogía con la guerra propiamente dicha. En una y otra se da la primacía a *la violencia* y a *lo irracional*. De ello resulta que se les deben aplicar las mismas normas de interpretación y, primeramente, de la de su inmoralidad de principio. Por consiguiente, la agresión ha de ser condenada sin restricciones. En este sentido, la guerra revolucionaria-psicológica no podrá ser lícita más que accidentalmente, a título defensivo, en el caso de legítima defensa. Pero, aun entonces, el beligerante no tendrá el derecho de recurrir a todos los procedimientos eficaces. Todos aquéllos intrínsecamente inmorales quedan prohibidos, en particular las técnicas que persiguen deliberadamente la despersonalización de las masas. Ahora bien: los más eficaces son frecuentemente los encaminados a esa despersonalización (19).

* * *

Por si el lector quiere valoraciones más precisas, dividiremos el problema en dos facetas. Cosa lógica si observamos que toda guerra revolucionaria presenta dos problemas de conjunto: a) su legitimidad; b) sus métodos.

(18) Vid. R. COSTE, cit. ante., págs. 179-180.

(19) Cfr. R. COSTE, cit. ant., págs. 78-79.

En el primer caso, se impone hacer referencia a las reglas establecidas por los teólogos acerca de la insurrección.

a) *Condiciones de la insurrección legítima.* En lo esencial, ha dicho el P. ROGER HECKEL, la doctrina de la Iglesia sobre este punto es clásica desde hace largo tiempo. En buena parte se encuentra formulada en los textos de Santo Tomás y de Pío XI (20).

Las condiciones son estas (21):

1.ª Existencia de un Poder verdaderamente tiránico (22), un Poder que va abiertamente contra la injusticia y la verdad, hasta el extremo de destruir los fundamentos mismos de la autoridad.

2.ª Necesidad de haber agotado todos los medios pacíficos, constitucionales, capaces de modificar eficazmente la situación.

3.ª Certidumbre moral de que los inevitables sufrimientos acompañando a la insurrección no serán superiores a las ventajas esperadas para el bien común (Ley de la proporcionalidad).

4.ª Necesidad de una probabilidad razonable de éxito (Ley de la eficacia).

5.ª Medios normales. La insurrección no justifica la utilización de cualesquiera medios de lucha. Quedan descartados los medios radicalmente perversos.

6.ª Defensa legítima del bien común (23).

Estos principios tienen un valor permanente y resulta fácil hacer su adaptación a los perfiles del proceso contemporáneo de descolonización (24).

(20) Vid. ROGER HECKEL, S. J.: *Le chrétien et le pouvoir*, París, en "Le Centurion", 1962, págs. 119-120, y R. COSTE, cit. ant., págs. 168-169.

(21) Cons. R. HECKEL, cit. ant., págs. 145-149.

(22) Para estimaciones recientes sobre el tiranicidio, tema conexo al de la insurrección, vid. la amplia nota de R. COSTE, cit. ant., págs. 170-171.

(23) Otros autores se conforman con menos condiciones. Por ejemplo: 1) Abusos extraordinarios graves del Poder. 2) Fallo de todos los medios pacíficos. 3) Menor gravedad de las calamidades resultantes de la insurrección que de las provocadas por el Gobierno tiránico. 4) Fundada probabilidad de éxito. No se olvide que "la teología católica ha desarrollado poco la teoría de la revolución": COMBLIN: *Théologie de la paix*, II, París, Editions Universitaires, 1963, pág. 389.

(24) Como oportunamente ponía de relieve monseñor ANCEL, refiriéndose al conflicto argelino.

Significativa ha sido la literatura a que daba pie la lucha de Argelia.

En todo caso, existe una directiva clave: "un pueblo que aspira a la plena soberanía debe hacer todo lo posible para alcanzarla por vías pacíficas". "Pero cuando los medios pacíficos se revelan *verdaderamente impotentes*, cuando el pueblo se enfrenta con una negativa sistemática del Poder existente o a una impotencia radical de éste, el principio de una defensa insurreccional no puede ser rechazado *a priori*".

Ahora bien: diremos, con el citado HECKEL (25), que reconocer la posibilidad de principio de una defensa insurreccional legítima no significa que las insurrecciones nacionalistas (26) sean siempre y necesariamente legítimas, ni que un movimiento insurreccional legítimo en su principio lo siga siendo necesariamente en todo su desarrollo, ni que pueda servirse de cualquier medio. No. "Hay una moral de los medios insurreccionales, y el terrorismo no tiene justificación moral posible, venga de donde venga y cualquiera que sea su objetivo".

Este último aspecto es de verdadera trascendencia. Lo esencial es estudiar —como lo subraya RENÉ COSTE— *muy de cerca el fin real* perseguido por el movimiento insurreccional. No se olvide que, de hecho, las guerras de este género no han sido desencadenadas, hasta el presente, más que por hombres extraños al ideal cristiano y, generalmente, para imponer un régimen comunista (27).

Con todo, se comprenderá que la Iglesia sea muy prudente en el reconocimiento de la legitimidad de un movimiento insurreccional y que, con frecuencia, prefiera contentarse con no condenarlo. Se comprenderá también que los moralistas recomienden a los

(25) Vid. HECKEL, cit. ant., págs. 139-140.

(26) Sobre la accesión de los "nuevos pueblos a las responsabilidades de la libertad política", vid. Pío XII: *Encíclica "Fidei Donum"*, 21 de abril de 1957.

(27) Para una caracterización del *partisano* del tiempo presente, vid. trabajos como los de GERHARD VON GLAHN: *The Occupation of Enemy Territory*, University of Minnesota Press, 1957, págs. 48-55 (sing. páginas 51 y sigs.); mariscal ALEXANDER PAPAGOS: *Guerrilla Warfare*, en "Foreign Affairs", Nueva York, enero 1952, págs. 215-230; y el estudio de CARL SCHMITT en la Cátedra "Palafox" de Cultura Militar de la Universidad de Zaragoza.

eventuales jefes de la insurrección pensar largamente los pros y los contras de ella y consultar, antes de decidirse, a hombres bien intencionados y de juicio seguro.

b) En lo concerniente a *los métodos específicos practicados en la guerra revolucionaria*, sabemos que un cierto número de ellos han sido condenados con una perfecta nitidez.

La Declaración de 14 de octubre de 1960 de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia era explícita: "De cualquier lado que vengan, los actos de terrorismo, los ultrajes a la persona humana, los procedimientos violentos para arrancar confesiones, las ejecuciones sumarias, las medidas de represalia alcanzando a los inocentes, están condenados por Dios. Aun para hacer valer los derechos legítimos o para asegurar el triunfo de una causa que se cree justa, no está permitido jamás recurrir a medios intrínsecamente perversos, cuyo uso —degradando las conciencias— no tiene por resultado cierto más que hacer retroceder incensablemente la hora de la paz".

Por si esto fuera poco, la Carta del Cardenal Feltin a los sacerdotes del Vicariato del Ejército, de 7 de marzo de 1960, elaboraba toda una serie de directrices sobre estas materias. Bajo el título *Problemas de la guerra moderna y enseñanzas de la Iglesia*, se ponía de relieve un conjunto de principios fundamentales: a) Trascendencia de la Ley moral. b) La eminente dignidad de la persona humana. c) Presencia de la moralidad y del Derecho en la guerra, aun en la guerra revolucionaria. d) Necesidad de proscribir la moral de la eficacia. e) Posición mantenedora de que en ninguna circunstancia el fin justifica los medios.

En una segunda parte, ese documento centraba la atención en la aplicación de los principios a los problemas de mayor importancia: de las represalias colectivas a la tortura física o moral.

Pues bien; *siendo el arma esencial de la guerra revolucionaria la acción psicológica*, centraremos nuestro interés en ella, poniéndola en relación con la moral (28).

Y adviértase, antes de pasar adelante, que esta acción psico-

(28) Vid. J. FOLLLET: *L'action psychologique devant la morale*, en "Chronique Sociales de France", Lyon, abril 1959, págs. 169-184; P. RÉGAMEY, cit. ant., pág. 37, etc.

lógica adopta una gran variedad de formas: 1) *Simple acción de influencia colectiva o interpersonal*.—Esta no constituye problema, pues es la consecuencia normal de la influencia de uno sobre otro u otros. 2) *Propaganda propiamente dicha, organizada y sistemática*.—No debe servir más que a la propaganda de la verdad y solamente con buenas intenciones. No puede utilizarse para la mentira o para el odio. Debe evitar todo lo que pueda parecerse al “adoctrinamiento”. 3) *Métodos de acondicionamiento colectivo, llevados a cabo por el empleo hermanado del terror y de la propaganda*. El acondicionamiento sistemático de las masas obtenido por la presión y el terror queda proscrito incondicionalmente, por constituir una verdadera violación de las conciencias. 4) *Procedimiento de “lavado de cerebro”*.—Sus dos fases sucesivas —desintegración del individuo y reconstitución de una nueva personalidad— forman un todo *indisociable*. Procedimiento absolutamente inadmisibles, cualquiera que sea el fin perseguido. Razón: el grave atentado que hace a la persona. La más horrible técnica inventada por la “ciencia” de los Estados totalitarios. Para Coste, la pretensión de usarlo sólo con moderación es puro cinismo.

* * *

Lo resaltante es que, en todo este dominio de la guerra psicológica, se esgrimen conclusiones muy equilibradas. Compendiadas en la máxima abreviatura, son: 1.º No se puede aceptar en bloque, ni rechazar en bloque, toda acción psicológica. 2.º Se puede admitir con prudencia una cierta acción psicológica en el estado de paz o en el estado de guerra, siempre que respete al hombre y tienda —por encima de las propagandas— “a una sana educación de las personas y de los grupos”. 3.º Es preciso rechazar ciertos medios de acción psicológica que tratan al hombre como “puro” objeto de aplicación de técnicas. Santo Tomás distinguía entre las maniobras que no consisten más que en ocultar al enemigo la acción que se emprende contra él y los procedimientos verdaderamente desleales, los *manquements* a los derechos y convenciones que deben ser respetados aun entre enemigos. 4.º Pueden admitirse con prudencia algunos métodos de acción psicológica que parecen indiferentes desde el punto de vista moral. Pero, para su utilización, se necesita velar siempre por un auténtico respeto a

la persona humana y preguntarse sobre el valor moral de la doctrina y la ideología en favor de las que se emplean (29).

Pero, por todo ello, resulta que la acción psicológica aparece de manejo muy delicado (30). Para utilizarla con eficacia y, a la vez, con toda tranquilidad de conciencia se requieren hombres sensatos, equilibrados, competentes y desinteresados. ¡Especie no siempre fácil de descubrir en horas de crisis y desorientación!

(29) CONS. RENÉ COSTE, cit. ant., pág. 182; P. RÉGAMEY, también cit., página 49; R. BOSCH: *La Société internationale et l'Eglise*, París, 1961, páginas 90-108; J. COMBLIN, cit. ant., págs. 386-392, etc.

(30) Una nítida respuesta a una importante parte de la problemática de esta forma de lucha nos viene dada por el par. 27 de la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, al consignar categóricamente: "Cuanto viola la integridad de la persona humana —como, por ejemplo, ... las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana", es en sí mismo infamante, degrada la civilización humana, deshonra más a sus autores que a sus víctimas y es totalmente contrario al honor debido al Creador.